

La recia Extremadura que captó Luis Chamizo

CHAMIZO Y SU INTERPRETACIÓN POÉTICA DE EXTREMADURA (1)

El tren retumba y traquetea marchando veloz sobre su camino de hierro. Serpentea éste por campos pacenses y cacereños. En la mano, para solaz de las largas horas de viaje, llevamos un libro de versos, cuyo autor es Luis Chamizo. Nosotros, unas veces, leemos, y otras, miramos el paisaje que se columbra por la ventanilla o meditamos. Vemos y sentimos, de consiguiente, en estos momentos, a Extremadura. En el cielo azul impoluto, en los anchos pueblos distanciados, en un gañán que guía una yunta de mulas por el barbecho del campo dilatado, en el metálico son de los cencerros de unas merinas que triscan la brizna rasante, en la línea zarca de una montaña lejana, está Extremadura... Y su esencia, su espíritu, se halla en este librito de versos.

Interpretan los versos de Luis Chamizo a Extremadura, es decir, interpretan un paisaje, un ambiente, una raza, de matices y rasgos peculiares, cuya esencia y diferenciación escapa a la comprensión de muchos. El hecho de que su amplia circunscripción se halle entre la noble austeridad castellana y el garbo andaluz parece concederle una concreción híbrida, de rasgos indiferenciados, como si mirase al norte y al sur sin saber a qué carta quedarse. Este desconocimiento de la entraña formal de sus hombres y de sus tierras da pie para que alguna vez la literatura escenifique en ella la fantasmagoría de un «Pascual Duarte» cualquiera, como si fuese materia amorfa y propicia a toda experimental entelequia. Pero lo cierto es que Extremadura—hombre y paisaje—posee estas notas diferenciales que dentro del mosaico nacional singularizan y dan carácter a las gentes y a las tierras que entroncan lo español, comunidad que hace punto y raya en los grupos étnicos. Leyendo la obra del poeta de Guareña tendremos una nítida, una intensa, una profunda impresión de ello. Soterrados en la obra poética están el hombre y el paisaje extremeños, lo típicamente étnico y lo genuinamente orográfico conforme a la apreciación de lo regional como resultante del ente y de la naturaleza.

Puestos a su estudio ¿por dónde empezar? ¿A qué dar primacía? De un lado reclama la atención el habitante, el hombre, y de otro, el medio, el suelo. Procedamos con mesura, discretamente. La calidad del ente humano nos atrae profunda, intensamente; tendemos al enjuiciamiento suyo, porque su palpito, su actuación, es esencial.

(1) Este trabajo fué premiado con el primer *Accésit* en el Concurso literario organizado por la Real Sociedad Económica de Amigos del País, de Badajoz.

transcendente. Pero no olvidemos que de Keyserling para acá, la filosofía considera que la tierra determina de modo específico la idiosincrasia de la humanidad que habita su área; insiere, mediante una misteriosa trasvasación, los principios vegetativos que perfilan el temperamento, los gustos, las ocupaciones y aun los rasgos fisionómicos de las personas. Aquel actúa sobre el medio, al que hace sentir su influencia, moldeándole en aquello que la Naturaleza, de sobrenatural entraña, es susceptible; de la tierra, de su barro, nació la entraña carnal del hombre, y él le entrega su acción, musculada e intelectual, para hacerla más amable, productiva o extensa. Se entabla, pues, entre uno y otro, como una corriente alterna que los ensambla. Y este abrazo, abrazo eterno, lo estatuyen, también, estos versos de Chamizo.

Para el poeta, Extremadura es, esencialmente, campo; campo dilatado, de perspectivas secas, serias, varoniles; paisajes recios, foscos, de tonos ásperos. Tierras pardas, aradas con surcos simétricos, como versos que van entonando por los suaves recuestos una poesía laboriosa y dura; arboledas bronceadas, de encinas y alcornoques, con linfa de regajos que apenas saben ser murmurantes. En la «Compuerta» mismo nos lo sugiere; bastan unos rasguños puestos acá y allá. Es su manera; no inserta prolijas descripciones, no presenta pinturas acabadas de paisajes; lleva nuestra atención, con leves pinceladas, al suelo. «Técnicamente—asevera AZORIN en un trabajo sobre Antonio Machado—la descripción ha de ser escueta». Chamizo, en tres versos, nos da idea del paisaje visible en el campo extremeño. Las extendidas dehesas, que dijera Cervantes, las tenemos captadas en ese verso que nos habla de las «foscas y arrogantes jesas»; las hondonadas del terreno, por cuya vaguada se desliza un regato, están en ese de las «jondas colás con sus regachos», y el terreno de labor, rico y caliente, lo vemos concentrado en el de «la tierra de labor enjuta y seria». Hay, además, en el terreno, otro motivo que integra el paisaje: la planta, el vegetal. Nada más empezar la lectura, surgen en la obra chamiziana de «El mijón de los castúos» los dos árboles simbólicos, de un simbolismo casi ancestral: la encina y el alcornoque. Después, en el decurso de la obra, no falta la presencia de la jara, del lentisco y del tomillo.

Y al hombre, al habitante, ¿cómo los presenta? ¿Cómo los cataloga? El extremeño por antonomasia, el extremeño castizo, castúo—hagamos uso del propio vocablo dialectal—es el campesino; dedica sus afanes, sus amores, al terruño. En él rumia, estática, apaciblemente, su pan, regado con el sudor de su propio cuerpo al arañar la térrea corteza, que lo hace pardo, terroso—«semos asina, somos pardos, del coló de la tierra»—, no como simple resultado mimético de trabajador de la gleba, sino como una consecuencia profunda de su relación casi filial. Porque la tierra labrantía no es el plano frío, atormentador, que impone el esfuerzo servil, sino el seno prometedora de una dulce fémina: «Es la madre, y es la novia y es la hermana del gañán». Esta concomitancia entre el hombre y la tierra se encuentra bastantes veces en el curso de la obra chamiziana. En la

«Nacencia», aparece con sutil, leve pincelada, esta relación. Ya que no puede dar al futuro campesino una nacencia terrenal, orogénésica, apenas desgajado del seno materno, lo llena de tierra, hace que bese la tierra y que ésta, agradecida, se le adhiera, estableciendo así como una alianza, promisión del sino que aguarda. Primero se pega a su feble carne nuevecita, como luego se le adherirá con el polvo del terrazgo y la costra de la arcilla jugosa en la besana recién herida. Antes de que el lácteo licor de los pechos maternos inicie su función vegetativa, ya está la tierra ejerciendo su influencia, si no como asimilación formativa, como premisa vocacional. Un nacimiento así, en plena naturaleza, o en la majada, o en el cortijo, acaso sin la ducha manipulación de la «comadre» o el «méico»; una mujer que alumbra, «llorando y sonriendo», una de esas mujeres «que son madres tan aína que Dios las jace jembras», retoñará un vástago «mu jorzúo, con agallas—con genio, con coraje», que ha de ser un «campusino» hábil para labrar, para segar, para podar; que ha de ser madrugador, trabajador, discreto en todo, formal, honrado, cristiano. Con súbitas fulguraciones, según acaece con los destellos de las ricas, de las enjoyadas preseas, brillan, aquí y allí, en las poesías, estas ideas: trabajo, honradez, cristianismo, trilogía consubstancial del castizo vivir extremeño. «Señó, tú qu'eres güeno», clama el varón, humedecidos los ojos, angustiado el corazón, fervorosa el alma, ante la esposa en el trance del dolor ennoblecido; Señor ¿se vá a morir «siendo yo tan honráo—siendo Tú tan güeno»? No, no habría de morir: «jizo Dios un milagro;—¡no podía por menos!» Fructificaron los amores castos, los amores buenos, iniciados con aquel «Noviajo» lleno de ingenuos pudores, de respetos santos. «Con lo que me quiere, ni siquía me mira—drento de la Iglesia», reconoce, en noble alabanza, el mozo enamorado, contento de que la novia no se distraiga ni le atienda en el templo «pa'asín la Virgen mus dé dese guía—lo qu'ella la pie ca ves que la reza». Es hondo, respetuoso, cándido, el sentir de los novios, que en los encuentros experimentan azoramiento de rubores;

«Cuando con el burro salgo mu templano

camino e la jesa

siempre me la encuentro

barriendo la puerta;

y siempre me ice:—¡Anda con Dios, hombre!—

y siempre la igo:—¡Quéate con Dios, Petra!—

y le doy al burro pa qu'ande más listo,

y ella barre, barre, mucho más depriesa...»

Trasunto de la concepción cristiana de la vida son esas excelencias psicológicas, anímicas, con virtualidad para ese proceder acrisolado, probó, que Chamizo nos ofrece reiteradamente como faceta ancestral. La ambición, el afán de lucro, no ciega la mente de quien



GALERÍA DE COLABORADORES DE «ALCÁNTARA»

D. Enrique Segura Otaño

ha de velar por la limpia claridad meridiana de la estima propia y de la estirpe; el linaje limpio ha de ser transmitido impoluto, luminoso, a los hijos:

«...esta es la jonra
qu'al muchacho tenemos que dejagle
más limpia que la cara de la Vigen,
más blanca que la fló de los jarales,
y al que quiera manchala me lo jundo
manque sea su madre.»

Luis Chamizo es el poeta más representativo de Extremadura, el más popular; su poesía, de natural, espontánea versificación, y sus motivos, sencillos, vulgares, de contenido profundamente humano, hacen vibrar con trémolos de emoción al pueblo, que capta, a la par que la lindeza audible de los versos, el sentimiento que brota de la gustosa fuente de sus poesías. Quien oyera alguna vez al propio Chamizo recitar en los medios rurales, aseverará la apreciación. En estos momentos tenemos en la imaginación una anécdota de los pasos vitales del poeta de Guareña... El vate, generoso juglar de sus propios versos, ha dado un recital en el pueblo, en uno de esos pueblos anchos, ricos, henchidos, de la tierra de Barros. Ahora, cuando le vemos, en compañía de un su amigo de la villa, marcha dando un apacible paseo por un camino; el camino zigzaguea por entre cuadros de olivos cenicientos, por entre huertas y presenta, de vez en vez, en su suelo, arena blanca de torrenteras y turgencias de canchales resbalosos; a un lado y otro, por encima de toscas cercas de piedras, se ve surgir a trechos la pompa verde de los árboles frutales. Atrás, muy cerca aún, queda el pueblo apiñado junto a la iglesia, que descuella, sutil, en el azul, la alta torre; de frente se eleva, bronca y pelada, una serreta, y a la izquierda, allá lejos, sobre elevado montículo, estampada en la transparencia del cielo, se yergue la silueta del castillo de Feria, cuna, en otro tiempo, del señorío a que perteneció la comarca. El poeta va paseando, el poeta irá, a la par, viendo, desentrañando, con su fina percepción de artista, el profundo sentido estético del paisaje de esta tierra ocre, rojiza, en la que los viñedos, los olivares, los bancales, tienen una geometría perfecta, de cultivo inteligente. Al llegar a una heredad han traspuesto la puerta y han entrado; tiene la heredad—el huerto—una casita tosca, deleznable, con una higuera bizarra que proyecta, ante la puerta, sobre el suelo, una amplia mancha sombrosa; tiene, además, repartidas por los tablares, otras higueras, y granados, manzanos, ciruelos; cerca de la casa se halla el pozo, que tiene en torno, ciñéndole, un ribazo circular, con un profundo lendel; por encima del brocal aroma el artilugio de una noria. Cuando los canjilones elevan de lo profundo la fresca linfa, va ésta a parar a una alberca y allí, remansada, clara, azulenca, como un espejo, recoge las imágenes de un nogal, de las nubes, del cielo. Ahora, en este momento, unas

mozas se hallan lavando; el agua no está clara; el agua está maculada y, oncosa y revuelta, finge ajorcas en los brazos morenos. Al llegar los visitantes, hay un poco de expectación en las mozas, que han cesado en su albórbola; no dura esto mucho tiempo—¿podrán en un grupo juvenil faltar prolongadamente la parla, las risas, las chanzas?—, y, al poco, la comunicabilidad de unas y otros, hace común la conversación. El vate—ya lo hemos dicho—, generoso, pródigo de su arte, recita abundantemente. Y aquí, en el huerto, una vez más, graciosamente, lo hace. Lo hace Chamizo con esa entrañable entonación que podía poner en «El Noviajo», en «La Nacencia», difundiendo por el espíritu absorto de estas mujeres de anchos «ojos negros de mirás mu tristes», la intensa, la profunda emoción de su poesía, hecha expresivo trasunto en un manso fluir que humedece y abrillanta las pupilas femeninas.

Se habla en Extremadura un lenguaje de fonética especial que tiene, unas veces, expresiones ásperas, recias, y otras, suaves, tiernas. Escritos en este lenguaje están los versos de Chamizo; es pues, su poesía, regional. Los doctos admiten, unos, la poesía regional como modalidad poética en que puede darse, sutilmente, la belleza; otros, la invalidad. Juan Maragall, en su Prólogo a las poesías «Extremeñas» de Gabriel y Galán, rompe lanzas por ella, y nos dice que «el poeta va a la vivacidad de los campos, a la boca del pueblo, a su dialecto, rural o ciudadano, porque la vivacidad de éste es la condición de la verdadera poesía, de la palabra palpitante de sentido...» Y Chamizo hizo, precisamente, esto: descendió a la fuente clara, espontánea, del hablar del pueblo extremeño, y escribió sus estrofas; estrofas sencillas que cuentan lo amargo, lo alegre, lo dulce y bello de la vida con esa trascendente emoción que causan las cosas hondamente sentidas.

...El tren retumba y traquetea; la ventanilla enmarca un paisaje multiforme, variado; en la mano, para solaz de las largas horas de viaje, llevamos un libro de versos de Luis Chamizo. Nosotros, unas veces, leemos, y otras, miramos o meditamos. Vemos y sentimos, pues, en estos momentos, a Extremadura. Se divisa una vasta extensión de terreno llano con leves ondulaciones y lomas suaves como turgencias núbiles; tierras labrantías, grises, ocres, rojizas, cubiertas, en las épocas jugosas, de verdes tapices que juegan a merce ondeantes, como olas marinas, y de polígonos claros, amarillentos, obrizos, con tonalidades de viejas urdimbres aéreas, cuando la alquimia natural de las calorías solares ha sazonado la mies. En los suaves alcores y en las hondonadas de extendidas dehesas, el bronco verdor de las encinas y alcornoques urde un profuso bosque. Una yunta de mulas, con paso lento y firme, al caminar, deja tras sí la huella fresca y profunda de unos surcos que parten rectos, alargados, simétricos; en un cabezo álzase la cónica silueta pajiza de unos chozos a la vera de un redil, y cerca, discurren menguado por el terreno grisáceo cubierto de fino pasto, un regato llevado por el terreno grisáceo cubierto de fino pasto, un regato llevado aquí, cuando se pierda el estrépito del tren, un silencio profundo.

solemne, quebrado acaso por el dulce dolondón de unos cencerros. Acá y allá, en espaciados trechos, véanse los blancos cortijos moteando albos el área de los campos, y a lo lejos, siempre a lo lejos, alargándose como una tenue pincelada azulena en la línea del horizonte, se columbra la silueta de unas sierras. De tiempo en tiempo, separados por luengas distancias, se extienden unos pardos y anchos pueblos. El cielo, sin nubes, azul, radiante, ofrece una visión inmensa, inacabable. He ahí la Extremadura, seria, fosca, terrosa y noble que Luis Chamizo captó.

FERNANDO PEREZ MARQUES

LOS PESEBRES DE LA VIDA

Ser un botón en el ojal de la aurora,
ser un hecho en el tobogán del Domingo
fatigado de zapatos y oficinas cerradas;
en las perchas de los cafés donde las gabardinas suspiran, por la lluvia,
en las glándulas esenciales para la continuación de la ceniza
vomitando crepúsculos con olor a mariscos podridos
o llorando lagrimones de mocos sin narices.

Ser en la linfa de los carros cargados de violetas
y en los trenes de sangre coagulada
por las ortigas, los arrecifes y la flema;
ser en los cadáveres comidos y los desperdicios arrojados
a la sombra triste de los hedores amarillos,
ser de barro y gusanos y lo demás mentira como un pozo cegado.

A veces he visto manos como un alba,
manos comidas por lunas invisibles
con antenas de cangrejos y bocas de pianos,
narices como plumas que no saben oler las estrellas
y margaritas despreciadas por ángeles de yeso.

Pero nunca he tirado la vida,
sé que tiene la belleza de un huevo podrido
y es inútil como un peine sin púas.